

CUATRO MOMENTOS DEL CINE AMERICANO (II)

A lo largo de muchos años, el maccarthysmo ha sido utilizado por la crítica cinematográfica de nuestro país como un lugar común siempre socorrido, aplicable casi indiscriminadamente, pero del que no se tenían los datos concretos y suficientes que permitiera un empleo más enriquecedor. El máximo beneficio que puede reportar el libro de Román Gubern «McCarthy contra Hollywood: La caza de brujas», recientemente editado por Anagrama, parte de esa necesaria mayor profundidad que se hace imprescindible el analizar la obra de unos determinados creadores (Houston, Losey, Chaplin, Kazan...) y al plantearse el estudio crítico del período posbélico norteamericano, no sólo en lo que se refiere al cine, sino a toda la realidad de un país que pasó del liberalismo rooseveltiano a la represión y tristeza de la guerra fría. Ello demuestra una vez más —como en tantas ocasiones hemos defendido en TRIUNFO— que la validez o negatividad de una cinematografía se posibilita desde unos niveles mucho más amplios que el filmico. El hecho de que el trabajo de Gubern abarque un panorama global y no se detenga sólo en las vicisitudes de una determinada industria aumenta su interés y justifica —creemos— el amplio espacio que le dedicamos.

No es la primera vez que desde estas páginas elogiamos un texto del autor catalán. Cuando su «Godard polémico» no ha alcanzado aún la difusión que merecía, este «McCarthy contra...» demuestra la seriedad de sus planteamientos, la capacidad de síntesis informativa de sus páginas. Rehuyendo a la tentación que supone hacer de un período la «obra personal» de un personaje histórico y demostrando cómo el Comité de Actividades Antiamericanas era un eslabón más de una amplia cadena coercitiva, el coherente libro de Román Gubern hace muy difícil el resumen que publicamos seguidamente, así como la redacción de algunas notas complementarias:

LOS ANTECEDENTES

La violenta purga que sacudió las entrañas de Hollywood entre 1947 y 1953, diezmando intelectualmente las filas de sus talentos más valiosos, se inscribe en el vasto panorama histórico del crecimiento y consolidación en áreas del poder político norteamericano de variadas formas de la ideología fascista, que siempre ha estado presente en la sociedad capitalista norteamericana y que ha cobrado especial virulencia en los períodos de las posguerras mundiales (...). El maccarthysmo fue meramente una de las muchas variantes que puede revestir la ideología y la acción fascistas en una sociedad de capitalismo avanzado, dotada de unos

LA CAZA DE BRUJAS

Selección y notas de
FERNANDO LARA

La actuación de Jack L. Warner a lo largo de todo el período maccarthysta fue deplorable. Poco antes de los procesos fue condecorado por el Ejército norteamericano «en reconocimiento a los servicios prestados» y, quizá, a los que habría de prestar.



mecanismos democráticos excesivamente vulnerables y manipulables por parte de los poderosos grupos de presión financiera, militares y ultraconservadores que existen en su seno.

(...) El clima liberal del «New Deal» y la nutrida emigración de demócratas alemanes exiliados en Hollywood en el curso de estos años había creado en esta ciudad un vivo ambiente político antifascista (1) (...). También una buena parte de la producción cinematográfica americana de los años treinta demostró una aguda sensibilidad hacia los problemas sociales y políticos (...). Los sectores más reaccionarios del país observaron con aprensión este desplazamiento izquierdista de Hollywood y comenzaron a ejercer presiones para frenarlo (...). La reacción estaba arrojándose de un modo orgánico a través de la Comisión de Actividades Antiamericanas (House Un-American Activities Committee o H. U. A. C.), creada en 1938 por la Cámara de Representantes y conocida por aquel entonces como Comisión Dies, por el nombre de su presidente, Martin Dies, de Texas (...). Estaba bastante claro, y lo estaría todavía más en 1947, que la Comisión Dies suponía la más eficaz concentración de fuerzas conservadoras enemigas de Roosevelt y del «New Deal», que pudo organizarse en la anteguerra.

(...) Dies publicó en 1938 un amplio informe (...), pero el estallido de la guerra y la militarización del cine norteamericano, abocado hacia la urgente propaganda antifascista, paralizaron toda acción ulterior (...). Pero, recién finalizadas las hostilidades, John E. Rankin resucitó la Comisión (cuyo mandato estaba a punto de expirar) y consiguió hacer de ella una Comisión Permanente de la Cámara de Representantes, pasando a ser presidida por él y por J. Parnell Thomas, senador republicano por New Jersey (2).

(...) El meollo filosófico de las vastas campañas represivas, que hoy denominamos genéricamente maccarthysmo, radicaba en la maniquea y pueril dicotomía del «americanismo» frente al «antiamericanismo», conceptos tan rotundos que pasaron a incorporarse al título de la Comisión investigadora, que prefirió la designación Actividades Antiamericanas (3) a otras que podrían parecer más juiciosas, como actividades subversivas, comunistas, anticonstitucionales, etcétera.

PRIMERA INVESTIGACION

(...) En marzo de 1947 se inició un nuevo tipo de intervencionismo sin precedentes en la industria del cine americano. En el curso de este mes, la Comisión de Actividades Antiamericanas anunció su intención de efectuar «una investiga-



Formando parte del Comité de la Primera Enmienda, Humphrey Bogart, Evelyn Keyes y Danny Kaye charlan en el aeropuerto de Washington momentos antes de empezar la primera sesión del Comité de Actividades Antiamericanas (1947).

ción secreta sobre la infiltración comunista en el cine». En el mes de mayo (...), el propio Thomas anunció que tenía pruebas concluyentes de que la Administración Roosevelt había empujado a algunas «estrellas patrióticas» a intervenir en films «pro-rusos» contra su voluntad, y de que la industria cinematográfica se había convertido en un «centro de propaganda roja» (4).

(...) La declaración de J. Parnell Thomas fue el anuncio de una abierta ruptura de hostilidades entre la Comisión y Hollywood. El paso siguiente lo dio Thomas en septiembre, al expedir cuarenta y una citaciones destinadas a otros tantos profesionales del cine americano, que deberían comparecer en Washington, en el mes siguiente, para declarar ante la Comisión de Acti-

vidades Antiamericanas. De estos cuarenta y un convocados, diecinueve decidieron inmediatamente oponerse a las actuaciones de la Comisión, por juzgarlas contrarias al espíritu y a la letra de la Constitución. Estos diecinueve fueron, por orden alfabético: Alvah Bessie, Herbert J. Biberman, Bertold Brecht, Lester Cole, Richard Collins, Edward Dmytryk, Gordon Kahn, Howard Koch, Ring Lardner, junior; John Howard Lawson, Albert Maltz, Lewis Milestone, Samuel Ornitz, Larry Parks, Irving Pichel, Robert Rossen, Waldo Salt, Adrian Scott y Dalton Trumbo. A partir de entonces se les conoció como los diecinueve «testigos inamistosos» («The unfriendly nineteen»).

(...) Entre los diecinueve existían discrepancias sobre la táctica a seguir ante la Comisión (5)

(...). Por fin, se aprobó la táctica colectiva de negarse a responder a cualquier pregunta sobre afiliación política o sindical, denunciando a la vez el carácter anticonstitucional de la Comisión en virtud del texto de la primera enmienda del «Bill of Rights»: «El Congreso no elaborará ninguna ley que tienda a reconocer una confesión religiosa, ni tampoco para prohibirla; o a limitar la libertad de palabra o de prensa; o el derecho del pueblo a reunirse pacíficamente y de dirigir al Gobierno peticiones para reparación de daños».

(...) La mayor parte de la población de Hollywood tomó vigorosamente partido en contra de la Comisión de Actividades Antiamericanas, y John Huston (que calificó su actuación de «obscenidad»), William Wyler y Philip Dunne (6)

promovieron la creación de un comité de apoyo a los incriminados, denominado Comité de la Primera Enmienda, que incluía a cuatro senadores y a casi quinientos destacados intelectuales y profesionales del cine (...). El Comité definió netamente su postura, afirmando que «cualquier investigación sobre las creencias políticas de un individuo es contraria a los principios básicos de nuestra democracia. Cualquier intento para torcer la libertad de expresión y establecer arbitrarios modelos de americanismo es en sí desleal tanto al espíritu como a la letra de la Constitución».

LAS SESIONES

(...) El 20 de octubre de 1947, se inauguraron las sesiones de la Comisión de Actividades Antiamericanas, que habrían de durar diez días consecutivos. Tras la mesa inquisitorial se sentaron J. Parnell Thomas, en calidad de presidente, junto a John R. McDowell, de Pennsylvania; Richard B. Vail, de Illinois, y el futuro Presidente de los Estados Unidos, Richard Nixon, republicano de California.

(...) El primer testigo en depone ante la Comisión fue el productor Jack L. Warner, cabeza de la Warner Brothers (7) (...). Sentado sobre un listín telefónico, para permitir un encuadre favorecido a las cámaras que tenía delante, J. Parnell Thomas pudo sentirse satisfecho al comprobar como Jack L. Warner nombraba como sospechosos a ocho profesionales que habían trabajado en su estudio, de los diecinueve «testigos inamistosos», que ocupaban sus asientos cerca del suyo. Pero las paradojas del destino harían que J. Parnell Thomas fuese a la cárcel antes que ninguno de sus acusados, denunciado por el columnista Drew Pearson en 1948, juzgado y condenado por estafa, al comprobarse que se había lucrado incluyendo en las

VEINTE NOTAS COMPLEMENTARIAS

(1) Hollywood era también, hacia 1943, «una especie de gran centro cultural» en el que el «Congreso de Escritores» —octubre de 1943, presidido por el mismo Roosevelt— supuso «algo grandioso, pues permitió una toma de conciencia de Hollywood, que había vivido de una manera un tanto anárquica, pasando de derecha a izquierda o al centro sin encontrar su camino». (Entrevista con el «blacklisted» Vladimir Pozner, «Cinema 62», número 66, y «Nuestro Cine», número 19, de 1963.)

(2) La Constitución prohibía toda función legislativa a la Comisión de Actividades Antiamericanas. Su misión era reunir informaciones y hallar culpables. Los testigos citados ante ella no podían recurrir a un abogado ni apenas intentar una defensa personal. Su papel, pasivo, únicamente consistía en responder a las preguntas planteadas por los inquisidores. En seguida, la H. U. A. C. se convirtió en la más costosa, peligrosa y estéril de las Comisiones Parlamentarias. Al-

rededor de sus nueve miembros trabajaba un personal numeroso (unas 55 personas en los momentos álgidos), ocupado en fichar y clasificar una documentación cada vez más amplia. El papel de la Comisión no era, pues, directamente ejecutivo sino de carácter policíaco. (Datos facilitados por Roger Tailleux en su biografía de Elia Kazan, «Seghers», 1966.)

(3) Más que «antiamericanas», la traducción literal del adjetivo («Un-American») que calificaba la Comisión sería

«No americanas». Ello hacía que Vladimir Pozner, en la entrevista citada, comentase así: «Su finalidad consistía en investigar no sobre las actividades «antiamericanas», sino «no americanas», lo que resulta curioso, pues equivale a decir: «lo que es americano es bueno; lo que no lo es, es malo». Yo, por ejemplo, era francés, y debido a ello todas mis actividades eran «no americanas»».

(4) Recuérdese que Roosevelt había muerto el 12 de abril de 1945 y que su suce-

sor, el entonces vicepresidente Truman, gobernó desde noviembre de 1946 con mayoría republicana en las dos Cámaras del Congreso. Es preciso añadir también que las disposiciones represivas funcionaron a todos los niveles y no sólo para el cine.

(5) Las discrepancias se concretaban esencialmente en cómo responder a la famosa pregunta (bautizada «pregunta de los sesenta y cuatro dólares») «¿Pertenece o ha pertenecido usted alguna vez al

LA CAZA DE BRUJAS

listas de gastos pagas de un personal inexistente, bautizado con nombres de parientes suyos. Cumplió condena en una prisión de Danbury (Connecticut), en donde se reunirían más tarde con él sus víctimas, Lester Cole y Ring Lardner, junior.

Otro productor importante que desfiló ante la Comisión inquisidora fue Louis B. Mayer (Metro-Goldwyn-Mayer) (...). Sobre él pesaba el haber producido el film «Song of Russia» (1944, de Gregory Ratoff. Actuó de testigo de cargo contra este film la novelista Ayn Rand (...), quien declaró que «Song of Russia» contenía propaganda roja, porque «hay una escena en un parque en que se ve a unos niños contentos, que visten blusas blancas y corretean por él». Añadió, enfáticamente, que cuando ella abandonó la U. R. S. S. —1926— nunca había visto niños así en su país (...). En las audiencias de 1947, por lo menos ocho veces tuvo que aplicarse la Comisión en definir qué había que entender por «ideología comunista». A lo largo de estas delicadas disquisiciones, quedó establecido que revelaba la ideología comunista el presentar a una persona rica como un villano, criticar a los miembros del Congreso o mostrar a un soldado desmoralizado, desilusionado de su experiencia militar.

(...) Otros testigos de cargo que colaboraron generosamente con la Comisión fueron el director Sam Wood, Adolfo Menjou, Rupert Hughes (que aseguró reconocer a los comunistas por «su olor peculiar»), Robert Taylor, George Murphy, Ronald Reagan (futuro gobernador de California), Gary Cooper y Mrs. Lela E. Rogers, madre de Ginger Rogers, personalidades que, en ocasiones, fueron interrumpidas en sus declaraciones por los aplausos de sus «fans», presentes en la sala, aunque nadie provocó tanto delirio de sus admiradoras como el «gua-



A pesar de no haber sido citado para testimoniar ante la Comisión, Orson Welles siempre estuvo «mal visto» por la derecha americana. Incluso por su ocasional frivolidad...

po» Robert Taylor, durante cuyo testimonio una señora de sesenta y cinco años se encaramó a un radiador para verle mejor, pero con tan mala fortuna que cayó y se rompió la cabeza.

LOS "TESTIGOS INAMISTOSOS"

(...) Si el turno de los testigos de cargo tuvo un carácter que, en cierto modo, puede considerarse jocoso, el turno de los «testigos inamistosos» ofreció, en cambio, una coloración netamente dramática. El primero en declarar fue John Howard Lawson (8) (...), que había trabajado en los últimos años como guionista para R. K. O., Metro y United Artist. Sobre las espaldas de Lawson pesaba uno de los más severos cargos, el de haber fundado y sido primer presidente de la Screen Writers' Guild (1935), sindicato de guionistas que era ge-

neralmente contemplado como un instrumento del Partido.

(...) En contraste con la prohibición de leer la declaración de Lawson, al siguiente testigo, que fue el poderoso Eric Johnston —presidente de la Motion Picture Association of America—, se le urgió, en cambio, a que hiciera una detallada declaración pública sobre la infiltración subversiva en la industria del cine. Johnston defendió a la industria, opinó que la Comisión estaba en un error y se ofreció (inútilmente) a proyectar ante sus miembros cualquiera de las películas incriminadas en el curso de las audiencias, para que pudieran juzgarlas por sí mismos.

(...) A la mañana siguiente fue Dalton Trumbo quien ocupó la silla de los acusados. Trumbo ha sido y es aún, sin duda, uno de los más brillantes (y mejor pagados) guionistas de la industria del cine (...). Tampoco a Trumbo se le permitió

leer su declaración, lo que produjo un incidente similar al del día anterior (...). Trumbo acusó a la Comisión de intentar identificarle como miembro del Partido Comunista para destruir luego la Screen Writers' Guild, momento en que se le obligó a abandonar el estrado, cosa que hizo Trumbo gritando: «¡Este es el principio de los campos de concentración en Estados Unidos!». Intervenciones como la de Trumbo resultaron eficaces de cara a la opinión pública y a la prensa.

(...) La tarde siguiente le tocó el turno al novelista, dramaturgo y guionista Albert Maltz. Ante la sorpresa general, a Maltz se le permitió leer íntegramente su declaración, que contenía un duro ataque a la Comisión y le reprochaba negar a sus testigos «las oportunidades de que cualquier ratero goza ante un Tribunal».

(...) El siguiente testigo fue Alvah Bessie, ex combatiente en España con las Brigadas Internacionales, novelista y que el año anterior había sido nominado para el Oscar por «Objetivo: Birmania» («Objective Burma»), realizado por Raoul Walsh (...). Bessie pudo leer únicamente los dos primeros y los dos últimos párrafos de su declaración. En ellos señalaba el carácter anticonstitucional de las pesquisas de la Comisión y vinculaba esta inquisición a las ideologías fascistas que se habían asentado en Europa. Iniciado el interrogatorio, Bessie se negó a responder a las preguntas de si era miembro de la Screen Writers' Guild y del Partido Comunista, declarando: «El propio general Eisenhower ha rehusado revelar su afiliación política, y lo que es bueno para el general Eisenhower es bueno para mí».

(...) De los diecinueve «testigos inamistosos» sólo once declararon (Bertolt Brecht, John Howard Lawson, Lester Cole, Herbert J. Biberman, Ring Lardner, junior; Albert

VEINTE NOTAS COMPLEMENTARIAS

Partido Comunista?», principio de todos los interrogatorios.

(6) En su biografía de John Huston («Seghers», 1966), Robert Benayoun cita también al actor Alexander Knox como promotor del Comité de la Primera Enmienda.

(7) Jack L. Warner ya había «acreditado» su postura en las huelgas habidas un par de años antes en su productora, llegando a instalar micrófonos a lo largo de las paredes para registrar lo que

decían los huelguistas y a «importar» esquiroleros y gansers desde Chicago para poner término a la resistencia de los trabajadores, según testimonia el mencionado Pozner. Su actuación con respecto a las «listas negras» no varió en absoluto de signo.

(8) «Mi profundo sentimiento de responsabilidad como artista, mi postura ante el trabajo que desarrollo, ante los demás, ante la sociedad entera, motivó las actividades culturales y políticas que desarrollé durante los años 30

y 40, y mi papel en el curso de dichas décadas, tan polémicas, tan llenas de fervientes discusiones y progresos democráticos, culminó —lógicamente— en mi designación como víctima del maccarthysmo cuando su sombra siniestra se extendió sobre el país. Con razón fui acusado de haber defendido la libertad de pensamiento, de creencias y expresión». (John Howard Lawson, introducción a «The creative Process».)

(9) El mismo Eric Johnston resumió perfectamente la

situación unos meses después: «No tendremos más 'Uvas de la ira'. No tendremos más 'Tobacco Roads'. No tendremos más películas que muestren las grietas de la vida americana. No tendremos más huelgas laborales. No tendremos más películas que muestren a un banquero como si fuese un ladrón». (Citado por Philip French en «Sight and Sound».)

(10) Según Coursodon y Tavernier en «Trente ans de cinéma américain» («C. I. B.,

1970), Lester Cole —uno de los Diez de Hollywood— ganó en Diciembre de 1948 el proceso que había entablado contra la Metro, productora que tuvo que reintegrarle al trabajo y pagarle los sueldos que no percibió en su día.

(11) Sobre estos años, ha escrito el crítico teatral Harold Clurman: «El maccarthysmo se convirtió en el símbolo escalofriante que nos sumió en una especie de embotamiento progresivo. No nos atrevíamos ni a sugerir —por

EL MACCARTHISMO FUE UNA DE LAS MUCHAS VARIANTES QUE PUEDE REVESTIR EL FASCISMO EN UNA SOCIEDAD CAPITALISTA.

Malzt, Samuel Ornitz, Adrian Scott, Alvah Bessie, Dalton Trumbo, Edward Dmytryk), y todos, salvo Brecht, mantuvieron idéntica táctica ante la Comisión. Brecht era ciudadano extranjero y, por lo tanto, susceptible de deportación. En consecuencia, y después de negarle autorización para que leyese una declaración escrita, su interrogatorio tomó un cauce distinto.

(...) El 29 de octubre, a punto de clausurarse las sesiones, veintiocho miembros del Comité de la Primera Enmienda presentaron una petición al Congreso, al amparo de la «reparación de daños» prevista en aquella enmienda, demandando que se pusiera punto final a aquella inquisición. De hecho, las audiencias fueron canceladas al día siguiente sin explicaciones, de modo que quedaron sin declarar ante la Comisión los ocho «testigos inamistosos» restantes.

EL HUNDIMIENTO

(...) La prensa americana acuñó la expresión Los Diez de Hollywood (The Hollywood Ten) para designar a los diez pro-hombres que habían roto una lanza por los derechos constitucionales ante la Comisión de J. Parnell Thomas (...). Humphrey Bogart dio la primera nota discordante, al retractarse públicamente de su actuación en el Comité de la Primera Enmienda (...). Ello creó un clima de desmoralización que desintegró rápidamente al Comité de la Primera Enmienda. Pero su explicación psicológico-industrial es muy exacta (...). Cuando los centros de poder de Wall Street «recomendaron» reconsiderar esta postura, los estudios siguieron fielmente las directrices de sus amos.

(...) El 24 de noviembre de 1947, y presidido por Eric Johnston, tuvo lugar en Nueva York una reunión secreta que congregó al alto estado mayor de la industria cinematográfica americana. Al término de

estas deliberaciones (...) se emitió un comunicado a través del que los productores reunidos «deploraron la actuación de Los Diez de Hollywood», aunque «no desean juzgar sus derechos legales, pero sus acciones han constituido un mal servicio a sus patronos y han causado daño a la industria». El comunicado ponía de manifiesto la decisión de los productores de «no emplear o suspender de empleo sin compensación, a los diez testigos, a menos que declarasen bajo juramento no ser comunistas» (9).

(...) Aparente casualidad, aquella misma semana la Cámara de Representantes reunida en Washington decidió, por 346 votos contra 17, autorizar diligencias judiciales contra Los Diez de Hollywood por delito de «desacato al Congreso».

Joseph Losey fue, con Chaplin y Welles, el exiliado más notable ocasionado por el clima creado por el maccarthismo. Su carrera en Inglaterra mejoró, no obstante, su etapa americana.



(...) Las consignas se estaban llevando a cabo, porque el 28 de noviembre, la R. K. O. despidió al productor Adrian Scott y al director Edward Dmytryk; dos días más tarde, la 20th Century Fox hacia lo mismo con Ring Lardner, Jr., y el 1 de diciembre, la Metro-Goldwyn-Mayer «suspendió» de sueldo a Lester Cole y a Dalton Trumbo. Los restantes cinco de la lista no estaban sujetos a contrato en aquellas fechas, por lo que su despido era técnicamente imposible.

(...) El 10 de diciembre de 1947, Los diez de Hollywood —perseguidos judicialmente por «desacato al Congreso»— fueron fichados por la Policía de Los Angeles y dejados en libertad mediante fianza de 1.000 dólares. El 12 de enero de 1948 tuvieron que comparecer ante un Tribunal en Washington, se de-

clararon no culpables y regresaron a Hollywood, con gastos a cargo de sus bolsillos. Este mismo mes, los proscritos iniciaron acciones judiciales contra sus respectivos productores, por despido injustificado y reclamando una indemnización económica (10) (...). Y el 2 de marzo de 1948 iniciaron Los Diez una nueva acción colectiva por daños resultantes de la institución de la «lista negra». En abril comenzaron en Washington las vistas de los procesos por «desacato al Congreso» y se resolvieron con sentencia condenatoria en los diez casos. La sentencia fue, para la mayor parte de ellos, de un año de prisión y 1.000 dólares de multa, por violación de la Sección 192, Título II del Código de los Estados Unidos, lo que significa «rehusar declarar ante una Comisión debidamente constituida del Congreso». El juez que sentenció a Biberman y Dmytryk, más benévolo, les impuso solamente seis meses. John Howard Lawson y Dalton Trumbo, en cambio, fueron castigados con las multas más altas: 10.000 dólares. Los diez condenados recurrieron al Tribunal Supremo, apoyándose en jurisprudencia favorable (...). La petición de revisar el caso fue rechazada, en junio de 1950, por seis votos en contra y dos a favor. La batalla jurídica estaba así irremediablemente perdida. (...) Lardner y Cole fueron internados en una prisión de Danbury (Connecticut); Maltz y Dmytryk, en Virginia Occidental, y Biberman y Bessie, en el presidio federal de Texarkana (Texas). Samuel Ornitz, cuya salud estaba bastante quebrantada, fue internado en una prisión-hospital de Missouri.

SEGUNDA INVESTIGACION

(...) En la primavera de 1951 (11), al reanudarse las sesiones de la Comisión investigadora de la infiltración roja en Hollywood, Inte-

descarada que fuese la provocación— la idea de que nuestro mundo no fuera precisamente el mejor, porque si en los labios de uno aparecía la más leve sonrisa de escepticismo, se nos tildaba en seguida de locos o neuróticos, cuando no de subversivos». (Citado por José Monleón y José Luis Egea en «Nuestro Cine».)

Aquí comenzó propiamente la llamada «caza de brujas», período pleno de delaciones y denuncias. Abraham Polonsky en una entrevista a «Po-

sitif» especificaba que de junio de 1951 a mayo de 1952 transcurre «el año del miedo», que él mismo narró en su segunda novela, «A season of fear», Berlín Oriental, 1959.

(12) Joseph R. McCarthy nació en Gran Chute (Wisconsin) durante 1909 y falleció en Bethesda (Maryland) en 1957. Representando a su Estado, había llegado a senador diez años antes. Se hizo famoso por su «cruzada anticomunista», en la que destacaron su discurso a la población de Wheeling y sus continuos ata-

ques a los restos del «New Deal» y al Plan Marshall, así como su apasionada defensa de la guerra de Corea. En el año 1951 es nombrado presidente de la «Permanent Subcommittee on Investigations», rama del «Committee on Government Operations», lo que le llevará a presidir asimismo el Comité de Actividades Antiamericanas. Fue destituido de su cargo por la Cámara al intentar demostrar que en el Estado Mayor del Ejército también existía una profunda infiltración marxista. Fue el momento en que Eisenhower

pronunció su conocida frase sobre el H. U. A. C.: «Si los procedimientos empleados son semejantes a los que utilizan los comunistas, se empezará a no saber quiénes son efectivamente los comunistas». (Datos empleados en su mayoría por el propio Roman Gubern.)

Emile de Antonio («Positif», número 113, 1970) ha dicho de él: «McCarthy no ha encontrado un solo comunista. Sólo ha inventado una técnica para hacer creer a la gente que había comunistas. La televisión le

destruyó, porque cuando esa misma gente lo vio en las pantallas, comprendió que clase de tipo era».

(13) Robert Rossen: «Hace catorce años que dejé Hollywood. No tengo nada contra él. Se trata, simplemente, de un lugar —que como ser humano— detesto. Allí no encontré ningún tipo de inspiración, no me sentía bien, hacía una vida de la que abominaba». (Entrevista a «Cahiers du Cinéma», número 177, 1966, fragmentada en «Plano», número 4, Lisboa, 1966.)

LA CAZA DE BRUJAS

rumpidas en 1947, noventa personalidades del cine americano fueron convocadas a Washington (es decir, más del doble que en 1947) (12). El 25 de abril, Edward Dmytryk se presentó voluntariamente a la Comisión y reconoció haber militado en el Partido Comunista en 1944 y 1945, pero demostró su actual lealtad y deseo de cooperar con ella, ofreciendo una lista de veintiséis nombres de miembros del Partido que había conocido.

(...) Muchos actores, escritores y directores recurrieron a la táctica de dar a la Comisión nombres de comunistas, para así probar su lealtad y evitar problemas con sus empresas (...). Los denunciados del grupo inicial de los «diecinueve inamistosos» fueron el guionista Richard Collins, el actor Larry Parks y el prestigioso director Robert Rossen (...). Rossen reconoció a cincuenta y siete miembros del partido, cuyos nombres deletreó en voz alta, según ordenaba el reglamento de la Comisión (13). En contraste con la conducta de Rossen, muchos otros se vieron alejados de su trabajo, por negarse a colaborar con la Comisión, acogiéndose a la quinta enmienda, de superior eficacia jurídica para ellos que la primera. Tal fue el caso de Abraham Polonsky, realizador de «Force of evil», en 1948, con John Garfield como protagonista (14), así como el del actor Howard Da Silva, los guionistas Waldo Salt, Carl Foreman y Michel Wilson, el productor Paul Jarrico y el realizador Michel Gordon (...). Otras personalidades relevantes que se negaron a delatar fueron la escritora Lillian Hellman, que invocó la quinta enmienda, y Dashiell Hammett, que sólo respondió afirmativamente a una pregunta: le presentaron unos documentos firmados D. H. y le preguntaron si podía explicar lo que significaban estas iniciales: «Sí, puedo —contestó Hammett, con gran contento



A un año de cárcel y 1.000 dólares de multa resultó condenado Arthur Miller el 31 de mayo de 1957. Hollywood nunca perdonó a Marilyn el haberse casado con un «blacklisted».

de sus inquisidores, y añadió—, son dos letras del alfabeto». No pudieron sonsacarle más, pero Hammett tendría que pagar su insolencia con seis meses de cárcel.

Sin embargo, y así como las audiencias de 1947 estuvieron dominadas por la imagen de la resistencia cívica de Los Diez de Hollywood, puede afirmarse que, en líneas generales, las audiencias de 1951 estuvieron dominadas por el pánico y la delación (16).

(...) Entre los ex progresistas denunciados estuvo el veterano realizador Frank Tuttle (...), que había sido uno de los fundadores de la agrupación profesional Screen Directors' Guild (...). Otros denunciados fueron el productor Lee Sabinson, el creador de dibujos animados Zacharias Schwartz y el guionista Martin Berkeley (...), quien batió todos los records proporcionando a la Comi-

sión una lista de ciento sesenta y dos nombres «antiamericanos» (16). Su colega Budd Schulberg, que colaboraría eficazmente con Elia Kazan —«La ley del silencio», «A face in the crowd» (...), dio los nombres de Waldo Salt, Ring Lardner, Jr., Lester Cole, John Bright, Paul Jarrico y Gordon Kahn, del director H. J. Biberman y de la agente de publicidad Meta Reis Rosenberg. El actor José Ferrer entonces un «mea culpa» (...) y expresó su deseo de ver al Partido declarado fuera de la ley en Estados Unidos.

EL "CASO KAZAN"

Peró el caso que alcanzó más vasta repercusión e interés —más aún que la triste delación del famoso dramaturgo Clifford Odets—, por su significación e implicaciones, fue el testimonio del brillante director teatral y cinematográfico,

cofundador del famoso Actor's Studio, Elia Kazan (...). En su declaración de 14 de enero, Kazan reconoció haber militado durante diecinueve meses en el Partido Comunista, pero rehusó denunciar los nombres de antiguos camaradas suyos (...). Sin embargo, el 10 de abril comparece de nuevo y voluntariamente ante la Comisión (...). A lo largo de su deposición, Kazan mencionó los nombres de ocho antiguos camaradas de su célula del Group Theatre, de cuatro de la League of Worker's Theatres y de tres funcionarios del Partido (17).

(...) Kazan, como Rossen, Odets y muchos otros, tenía demasiado que perder y procuró paliar los daños advirtiendo previamente a las personas que iba a delatar, según una práctica bastante usual en esos años (...). Otra táctica usual consistía en dar nombres que habían sido ya citados abundantemente (como los de Los Diez de Hollywood), práctica que parecía excusable a muchos testigos que no querían perder sus empleos y creían pagar así un precio mínimo en términos de delación. Pero los miembros de la Comisión no eran unos ineptos y sabían que tenían suficiente fuerza coactiva para pedir en todos los casos nuevos nombres y no contentarse con los ya sabidos.

(...) Al concluir las sesiones (18), una lista de trescientos veinticuatro nombres fue publicada en el anuario oficial «House Committee's Annual Reports», la mayoría de los cuales se habían obtenido gracias a delaciones de testigos «cooperadores» (19). Esta lista constituye, en rigor, el núcleo de las «listas negras» utilizadas por los productores de Hollywood (...). A los inscritos en la «lista negra» se les vedaba el trabajo en los estudios, a menos que se «blanqueasen» con una declaración jurada de

VEINTE NOTAS COMPLEMENTARIAS

(14) La H. U. A. C. no sólo causó víctimas morales. «John Garfield y Canada Lee —señala el mismo Gubern— morirían ambos de ataques al corazón (según otros autores —añadimos nosotros—, Garfield se suicidó minutos antes de comparecer ante la Comisión), agobiados por la persecución maccarthysta, ante la que se comportaron ejemplarmente». Del primero ha dicho Polonsky: «Defendió su honor de muchacho de la calle y le mataron por eso», y de Canada Lee escribe Alvah Bessie que «perseguido por la jauría de investigadores, murió de

un ataque al corazón». Algo similar sucedió con J. Edward Bromberg, otra de las víctimas.

(15) John Huston: «Farnell Thomas y McCarthy han destruido una de las corrientes democráticas de América, que no volvió jamás. Una parte de los sucesos que ocurren ahora son debidos al miedo que han infundido estos individuos abominables».

(...) El resultado —de su actividad— no fue solamente la destrucción de algunos individuos sino, lo que es más grave, estas presiones crearon

una atmósfera de terror que paralizó todo el país y le impidió correr en apoyo de los que luchaban por salvar la democracia». (Entrevista a «Positif», número 116, 1970, traducida por «N. C.», números 100-1.)

(16) «Es la época de los grandes delatores, de palmarés impresionante: 318, 216, 1.000, 482 nombres dados a la Comisión, aunque lo cierto es que estas cifras máximas no correspondían a marxistas renegados sino a agentes del F. B. I. incrustados en las células comunistas en misión

de espionaje. El 'soplón' se convertía en héroe nacional y, en ocasiones, el Tribunal se lo agradecía así: 'Su contribución ha sido tan importante como la de una División del Ejército en la Guerra de Corea'. (Roger Tailleur, «Elia Kazan».)

(17) A lo largo de todo su libro, Gubern no cita la famosa página (o recuadro) que, según la tradición, Elia Kazan hizo insertar en el «New York Times» invitando a sus conciudadanos a denunciar a los comunistas que conocie-

sen. Creo que el no aparecer en el trabajo de R. G. se debe más bien a una falta de datos exactos sobre el hecho (quizá falso incluso) que a un olvido del autor catalán.

(18) Las actividades del Comité llegaron a un nivel tristemente jocoso. Como muestra, reproduzco de la revista española «Cine Mundo» (número 80, septiembre, 1953) la siguiente información: «La Junta de Investigaciones Antiamericanas del Senado de los Estados Unidos hizo público de modo extemporáneo

LAS "LISTAS NEGRAS" Y "GRISES" LLEGARON A INCLUIR A UNOS SETECIENTOS PROFESIONALES DEL CINE.

no pertenecer al Partido Comunista y avalada por la denuncia de otros miembros del Partido. La práctica del «clearing» («blanqueo») fue abundantemente utilizada en las audiencias de la Comisión, pero siguió practicándose después muchas veces como solución desesperada para poner fin a un desempleo excesivamente prolongado.

Una forma de poner fin al desempleo fue, en algunos casos, la del exilio. Los exilios esporádicos o definitivos fueron numerosos en estos años. Optaron por él los ya citados Polonsky y Wilson (...), así como Cyril Enfield, Ben Barzman, Bertolt Brecht, Fritz Lang, John Huston, W. S. Van Dyke, John Berry y Jules Dassin. Junto a Chaplin y dejando a un lado el caso muy peculiar de Orson Welles, el más famoso de los exiliados americanos ha sido Joseph Losey.

ULTIMAS CONSECUENCIAS

(...) Los representantes de los estudios aceptaron la colaboración de la Legión Americana y le invitaron a que les suministrase información privada acerca de cualquiera de sus empleados que considerasen sospechosos. Poco tiempo después, la Legión Americana envió a los estudios una carta que denunciaba trescientos nombres, no incluidos hasta entonces en las listas negras (...). Los ejecutivos de los estudios convocaron en sus despachos a los nuevos sospechosos y les pidieron explicaciones por escrito sobre sus actividades políticas presentes y pasadas. Los que aceptaron dar estas «explicaciones» privadas y escritas pudieron seguir trabajando en los estudios, si tales explicaciones fueron satisfactorias, pero quienes rehusa-



Mientras viajaba a Europa para presentar «Candilejas», Charles Chaplin recibió la citación para declarar ante McCarthy. El genial cineasta decidió entonces (1953) no volver a Estados Unidos.

En puro apogeo del maccarthysmo, John Wayne fundó —con Borden Chase y Ward Bond, entre otros— la Motion Picture Alliance for the Preservation of American Ideals, cuyo programa podría resumir, quince años después, en su detestable «Bolsas verdes».



ban darlas podían ser despedidos. La gama de matices de personal «indeseable» comenzó a enriquecerse, y así pudo establecerse la distinción entre «listas negras» (formadas por los originales trescientos veinticuatro) y las posteriores «listas grises», confeccionadas a partir de nuevas pesquisas. Se ha estimado que, en el momento más duro de la represión, las listas negras y grises llegaron a abarcar una cifra total que se aproximaba a las setecientas personas. El productor Adrian Scott, en cambio, publicó, en 1955, un artículo en la «Hollywood Review», que estimó en doscientos catorce el número de auténticos «blacklisted», de los cuales ciento seis serían guionis-

tas, treinta y seis actores y once directores. El cálculo real se hace difícil, debido a ciertos sutiles matices de estas listas.

(...) Pero aun aceptando las estimaciones más bajas, resulta indiscutible que la práctica de las «listas negras» supuso un rudo golpe para la creatividad y para la industria del cine americano, que en estos años tuvo que hacer frente a otras dos graves crisis: la veloz disminución de espectadores por la creciente competencia de la televisión y la acción del Tribunal Supremo para desvincular las ramas de producción de las de exhibición en las grandes compañías, en virtud de la legislación antimonopolista (1949-53) (...). La conjunción de estas crisis, y particularmente el declive de la frecuentación cinematográfica, es un dato de hecho que ayuda a comprender la paulatina reintegración posterior de algunos «blacklisted» de talento a la industria, contratados por los estudios en condiciones de clandestinidad y encubriendo sus nombres con seudónimos. El caso del guionista Dalton Trumbo ha sido, en este aspecto, el más significativo.

(...) En líneas generales, es exacto afirmar que en los últimos años se ha producido un relativo «deshielo» en algunos sectores profesionales de las «listas negras», y la reincorporación profesional de Dalton Trumbo (abril de 1960, a partir de «Exodo» y «Espartaco»), Abraham Polonsky, Michel Wilson, Carl Foreman, Ring Lardner, Jr. («El rey del juego», «M. A. S. H.») o Herbert J. Biberman («Slaves», 1966), servirían para corroborarlo. Pero sería injusto ignorar que las resistencias persisten en bastantes casos. (...) (20).

Fragmentos del libro de Roman Gubern: «McCarthy contra Hollywood: La caza de brujas» (Anagrama).

el testimonio de la "estrella" de la pantalla y la televisión Lucille Ball que ésta diera ante el Comité Investigador el día 4 del mes actual de que hace varios años se había definido como comunista al dar su voto en unas elecciones primarias. La noticia cayó como una bomba en el público, y los diarios publicaron columnas enteras con todos los detalles de la declaración de Lucille. Esta afirmó que en marzo de 1936 se manifestó comunista única y exclusivamente para complacer al abuelo que le había

servido de padre, que era un ardiente socialista, y a fin de no perturbar los últimos días de su existencia, que por entonces estaban contados, lo que hicieron también la madre y el hermano de Lucille. Tanto el Comité Investigador como el público quedaron plenamente satisfechos, y también nosotros..., etc., etc..

(19) Orson Welles: «Uno de los graves problemas que se plantean en la vida intelectual y artística americana es la tradición de la izquierda por la izquierda (...). Lo que hace particularmente horri-

ble esta traición es que traicionaron para salvar sus piscinas. No había ningún americano de derecha en mi generación. Al menos, intelectualmente no existían. La izquierda no la destruyó McCarthy. Se demolió ella misma y cedió el paso a una generación de nihilistas.» («Le Nouvel Observateur».)

(20) En 1954, la producción U.S.A. llega a su punto más bajo con respecto a años anteriores: 253 películas; entre 1952 y 1962, las salas pierden el 50 por 100 del público, ya que la frecuentación baja

de 90 millones en 1948 a 42 millones en 1958, pasando por los 60 millones de 1950. A otro nivel, tampoco el país se arregla tras la «Caza de brujas»: «Desde enero a julio de 1953 se cometieron en Estados Unidos 1.041.290 crímenes y delitos graves, según informó en su día U. J. Edgar Hoover, director del F.B.I. a la agencia "France Press". Cada catorce segundos, un delito grave; cada cuarenta minutos, un asesinato; cada veintinueve, una violación; cada setenta y dos segundos, un robo a domici-

lio; cada veinticinco, una sustracción callejera; cada ocho minutos, un atraco...».

¿Para qué había servido entonces el maccarthysmo, la «caza de brujas», el ambiente de miedo y delación? Estados Unidos 1971 es una respuesta viviente, repetida día tras día, desesperadamente. ■ F. L.

Próximo capítulo:

INFORME ECONOMICO SOBRE LA INDUSTRIA CINEMATOGRAFICA USA Y SU PENETRACION EN EUROPA